

COLABORACIONES

Puebla: una catequesis profética

ENRIQUE GARCÍA AHUMADA, F. S. C.
Director Nacional de Catequesis (Ch

¹ III CONFERENCIA GENERAL DEL EPISCOPADO LATINOAMERICANO: *La evangelización en el presente y en el futuro de América Latina. Documento de Puebla*. Santiago, Conferencia Episcopal de Chile, 1979, 375 págs. Esta edición incluye la aprobación pontificia del 23-3-1979, el discurso inaugural del 28-1-1979, la homilía en la basílica de Guadalupe del 27-1-1979, la homilía en el seminario palafoxiano de Puebla el 28-1-1979 y la presentación del documento redactada por la presidencia del CELAM, en Puebla. El documento lleva numerados sus párrafos, que aquí citamos según esta versión final oficial. La redacción provisoria que se entregó a los participantes el último día lleva otra numeración.

La III Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, convocada por Pablo VI al cumplirse diez años desde la anterior, realizada en Medellín, fue inaugurada por Juan Pablo II el 27 de enero en Puebla, en medio de un fervor popular que congregó a veinte millones de mexicanos en total, en sus diferentes intervenciones públicas. Más de treinta discursos en la República Dominicana y en México durante esa semana de su primer viaje por fuera de Roma constituyeron referencia necesaria de las reflexiones episcopales. La mitad de ellos fueron efectivamente citados en el documento final sobre "La evangelización en el presente y en el futuro de América Latina"¹, votado el 13 de febrero por la asamblea y aprobado oficialmente el 23 de marzo, en la conmemoración de Santo Toribio de Mogrovejo.

El capítulo referente a catequesis en el ahora llamado Documento de Puebla (977-1011) no alcanza a manifestar una fuerza renovadora, ya que el trabajo de la pequeña comisión respectiva no logró llegar hasta la elaboración de un esquema, que fue íntegramente respetado en la redacción final. Hay que situar esas proposiciones en el contexto del documento total para percibir claramente por dónde debe ir la nueva catequesis en América Latina.

La Conferencia de Puebla cifra gran esperanza en la catequesis para lograr una renovación de la Iglesia (977). Alude a esta actividad a propósito de los más variados asuntos: visión pastoral de la realidad (9, 81, 94, 100, 150, 157, 413), rol de los laicos (799, 822, 824, 832, 845), tarea de las comunidades de base (364, 630, 631), pastoral social (477, 479), familia (578, 579, 586, 597, 600), educación (1019, 1040), liturgia (896, 901, 927, 941, 961), religión

sidad popular 456, 461), juventud (1187, 1189, 1196, 1202), tarea del obispo y pastoral de conjunto (687, 1307).

La razón está en que la catequesis no es una actividad autónoma. Es una comunicación interna, condicionada por la forma en que la totalidad de la Iglesia define su presencia en el mundo. Pues bien, el episcopado latinoamericano ahondó en Puebla la actitud de la Conferencia de Medellín, mostrándose claramente crítica, inconformista, profética ante la realidad latinoamericana.

“Ante esta realidad, 'la Iglesia quiere mantenerse libre frente a los opuestos sistemas, para optar sólo por el hombre' (Cfr. Juan Pablo II, Discurso inaugural, III, 3)” (551).

Como dijo el Papa a los campesinos de Oaxaca, la Iglesia quiere ser “la voz de quien no puede hablar o de quien es silenciado”.

La palabra de los obispos no es simplemente dogmática, sino portavoz de Dios en el contexto de la realidad actual y del futuro previsible. Es un ejemplo y un respaldo de la catequesis de la situación (997). Antes que una sabiduría sistematizada científicamente, la palabra salvadora transmite llamados y exhortaciones de parte de Dios, y los obispos latinoamericanos así lo comprenden:

“La conciencia de la misión evangelizadora de la Iglesia la ha llevado a publicar en estos últimos diez años numerosos documentos pastorales sobre la justicia social; a crear organismos de solidaridad con los que sufren, de denuncia de los atropellos y de defensa de los derechos humanos; a alentar la opción de sacerdotes y religiosos por los pobres y marginados; a soportar en sus miembros la persecución y, a veces, la muerte, en testimonio de su misión profética” (92).

Se deja atrás una cierta defensa teórica de la fe para asumir un ejercicio práctico y riesgoso de ella. De la actitud apologética vigente en la época de la Primera Conferencia de Río de Janeiro en 1955, se llega a la actual actitud profética. Esto implica también dejar atrás cierto triunfalismo eclesial, para mirar con ojo crítico al mundo circundante y a la propia Iglesia.

El contexto de la catequesis

Nuestros obispos señalan la pugna de tres grandes ideologías materialistas que oprimen hoy a la mayoría de los hombres latinoamericanos: el capitalismo liberal, el marxismo y la ideología de la

Seguridad Nacional, que por oponerse al marxismo suprime en el sistema capitalista la limitada libertad que debería por lo menos reconocerse al factor trabajo dentro de las fuerzas puramente económicas. Ninguna de estas tres fuerzas históricas puede legitimarse por la fe cristiana (495, 547).

No puede ya decirse que América Latina sea una cristiandad, a pesar de que el Evangelio esté extensivamente difundido:

“Sin duda las situaciones de injusticia y de pobreza agudizadas son un índice acusador de que la fe no ha tenido la fuerza necesaria para penetrar los criterios y las decisiones de los sectores responsables del liderazgo ideológico y de la organización de la convivencia social y económica de nuestros pueblos. En pueblos de arraigada fe cristiana se han impuesto estructuras generadoras de injusticia. Estas, que están en conexión con el proceso de expansión del capitalismo libre y que en algunas partes se transforman en otras inspiradas por el colectivismo marxista, nacen de las ideologías de culturas dominantes y son incoherentes con la fe propia de nuestra cultura popular” (437).

La presencia del Evangelio mediante la Iglesia es importante como esperanza, no como realización lograda de sus exigencias:

“El Evangelio encarnado en nuestros pueblos los congrega en una originalidad histórica cultural que llamamos América Latina. Esa identidad se simboliza muy luminosamente en el rostro mestizo de María de Guadalupe que se yergue al inicio de la Evangelización” (446).

En los propios bautizados se detecta gran ignorancia y también diferencia religiosa (79-83), aunque “ha habido un avance muy significativo a través de la catequesis especialmente de adultos” (81). La evaluación que hacen los obispos de las manifestaciones masivas de devoción es prudente y moderada, ajena a una sobrevaloración ligera:

“La religiosidad popular, si bien sella la cultura de América Latina, no se ha expresado suficientemente en la organización de nuestras sociedades y estados. Por ello deja un espacio para lo que S. S. Juan Pablo II ha vuelto a denominar ‘estructuras de pecado’ (Homilía Zapopan, 3). ... De ahí que la religiosidad del pueblo latinoamericano se convierta muchas veces en un clamor por una verdadera liberación” (45).

Preocupa a los obispos la debilidad de la fe de estas multitudes bautizadas:

“No se han encontrado siempre los medios eficaces para superar la escasa educación en la fe de nuestro pueblo que permanece indefenso ante la difusión de doctrinas teológicas inseguras, frente al proselitismo sectario y a movimientos pseudo espirituales” (628, ver también 308).

En Puebla se definió una clara opción por servir de preferencia a los pobres para alcanzar a todos (1134-1165). En lugar de una elección clasista excluyente que algunos parecen proponer a los cristianos e incluso a la Iglesia como totalidad, los obispos hacen un llamado que suena novedoso, aunque tiene antiquísimos antecedentes (Jer 22, 16):

“Y por que creemos que la revisión del comportamiento religioso y moral de los hombres debe reflejarse en el ámbito del proceso político y económico de nuestros países, invitamos a todos, sin distinción de clases, a aceptar y asumir la causa de los pobres, como si estuviesen aceptando y asumiendo su propia causa, la causa misma de Cristo: 'Todo lo que hicisteis a uno de estos mis hermanos, por humildes que sean, a mí me lo hicisteis' (Mt 25, 40)” (Mensaje a los pueblos de América Latina, 3).

La manera de mirar al mundo y al interior de la propia Iglesia es profética en la Conferencia de Puebla: se quiere provocar un cambio a partir de una interpelación procedente del proyecto de Dios sobre la Humanidad.

El emisor de la catequesis

Dentro de la doctrina común de que la catequesis no es obra de catequistas aislados, sino de la comunidad eclesial (L. G. 12, 17; N. A. 2), la insistencia del episcopado latinoamericano apunta hacia la colegialidad episcopal. Es tan grande la necesidad de unión entre los obispos, que el documento se expresa en forma vigorosa:

“Nos empeñamos para que esta colegialidad, de la que Puebla, como las dos Conferencias Generales que la precedieron constituye un momento privilegiado, sea el signo más fuerte de credibilidad del anuncio y servicio del Evangelio” (657; ver también 646, 656, 686; C. D. 3-7, 36-43; R. H. 5).

En este marco colegiado en que se diseña la figura del Obispo, se pone para él todo un programa de renovación permanente, dad carácter de primer catequista en su diócesis:

“El Obispo es maestro de la verdad (Cfr. Juan Pablo II, curso inaugural I, 6). En una Iglesia totalmente al servicio la Palabra, es el primer evangelizador, el primer catequista; ninguna otra tarea lo puede eximir de esta misión sagrada. Medita religiosamente la Palabra, se actualiza doctrinalmente, predica personalmente al pueblo; vela porque su comunión avance continuamente en el conocimiento y práctica de la Palabra de Dios, alentando y guiando a todos los que enseñan en la Iglesia (a fin de evitar 'magisterios paralelos' de personas o grupos), y promoviendo la colaboración de los teólogos que ejercitan su carisma específico dentro de la Iglesia, de la metodología propia de la teología, para lo cual busca actualización teológica a fin de poder discernir la verdad; mantiene una actitud de diálogo con ellos. Todo esto en comunión con el Papa y con sus hermanos Obispos, especialmente los de su propia Conferencia Episcopal” (687).

Una novedad ha sido el respaldo a una figura de catequista popular que contrasta con las exigencias académicas que son habituales en otros continentes: el laico sencillo que se compromete al catequismo sin gran preparación científica inicial, pero cuenta con una formación permanente en su comunidad:

(Es importante) “la organización de una adecuada catequesis partiendo de un debido conocimiento de las condiciones culturales de nuestros pueblos y de una compenetración con su estilo de vida, con suficientes agentes pastorales autóctonos y diversificados, que satisfagan el derecho de nuestros pueblos y de nuestros pobres a no quedar sumidos en la ignorancia o en niveles de formación rudimentarios en su fe” (439).

En este mismo afán de apelar al aporte de catequistas no profesionalizados está el reconocer a la familia un rol de evangelización y no sólo como destinataria de la catequesis. En esto, la línea de acción es:

“Afirmer que en toda pastoral familiar deberá considerarse a la familia como sujeto y agente insustituible de evangelización y como base de la comunión de la sociedad” (6)

Los esfuerzos del catequista de base, pasando por las familias y animados por el Obispo con otros colaboradores, requieren una orientación convergente:

(La evangelización) “pondrá el máximo empeño en salvar la unidad, porque el Señor lo quiere y para aprovechar todas las energías disponibles, concentrándolas en un plan orgánico de pastoral de conjunto, evitando así la dispersión infecunda de esfuerzos y servicios. Tal pastoral se perfila en los diversos niveles: diocesano, nacional y continental” (151).

El mensaje de la catequesis

Gran influjo tuvo el discurso inaugural de Juan Pablo II en el esquema elegido para sintetizar el contenido de la evangelización: la verdad sobre Cristo, la verdad sobre la Iglesia y la verdad sobre el hombre. Esta trilogía es cómoda y permite incluir lo que desde la Conferencia de Medellín y algo antes llamábamos catequesis cristocéntrica, comunitaria, litúrgica, bíblica, histórica, liberal, antropológica y situacional.

En realidad, el inventario de “visiones inadecuadas del hombre en América Latina” (305-315), seguido de una reflexión doctrinal sobre el hombre (316-339), da un sentido renovador a los principios cristológicos y eclesiológicos que le preceden (170-303). Dentro de la eclesiología encuentra su lugar una hermosa y entusiasta presentación de María como madre y modelo de la Iglesia (282-303).

Hay cierta insistencia en la catequesis bíblica (372, 981, 1001), lo cual es oportuno. En ella el anuncio pascual encuentra efectivamente un trasfondo amplio que permite superar una interpretación individualista, ahistórica y apocalíptica de la salvación, a la cual ha conducido con frecuencia una catequesis exclusivamente neotestamentaria.

La tendencia unilateral a entender la salvación como un problema personal referente a un más allá lejano se contrabalancea cuando se ofrece a los creyentes el panorama de una historia de la salvación que hoy prosigue su curso y un marco comunitario para vivir y celebrar estas maravillas:

“La evangelización dará prioridad a la proclamación de la Buena Nueva, a la catequesis bíblica y a la celebración litúrgica, como respuesta al ansia creciente de la Palabra de Dios” (150).

Nuestros obispos no pierden ocasión de fundamentar una catequesis social y una evangelización liberadora:

“Los pastores de América Latina tenemos razones gravísimas para urgir la evangelización liberadora, no sólo por lo necesario recordar el pecado individual y social, sino también porque de Medellín para acá la situación se ha agravado en la mayoría de nuestros países” (487).

Este modelo de catequesis no puede quedarse en afirmaciones ricas, sino avanzar en un proceso de cambio:

“Nuestra misión de llevar a Dios a los hombres y los hombres a Dios implica también construir entre ellos una sociedad más fraterna” (90).

Desde el primer Documento de Consulta a las conferencias episcopales², pasando por el Documento de Trabajo³ entregado a los participantes, hasta el documento final, el proceso de esta III Conferencia tuvo gracias a la presidencia del CELAM, entonces cargo del Cardenal Aloisio Lorscheider, arzobispo de Fortaleza (Brasil), una orientación teológica central: promover una liberación para la comunión mediante la participación. Lógicamente esta línea pastoral inspira de un modo decisivo el contenido de las catequesis:

“Es necesario crear en el hombre latinoamericano una sensibilidad moral, sentido evangélico crítico frente a la realidad, espíritu comunitario y compromiso social. Todo esto hará posible una participación libre y responsable, en comunión fraterna y dialogante para la construcción de una nueva sociedad verdaderamente humana y penetrada de valores evangélicos. Ella ha de ser modelada en la comunión del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo y debe ser propuesta a los sufrimientos y aspiraciones de nuestros pueblos llenos de esperanza que no podrá ser defraudada (Cfr. F. 5, 5)” (1308).

La necesidad de tomar posición frente al acontecer histórico obliga a recurrir a la tradición social católica para encontrar allí una guía. Pues bien, siguiendo la misma orientación ya establecida en la Constitución 1 de la constitución conciliar “*Gaudium et Spes*” sobre la Iglesia en el mundo actual, el episcopado latinoamericano reitera su carácter histórico y profético más que rígido y dogmático de esas enseñanzas, llegando incluso a convocar a los laicos a participar en su elaboración. A la signa de Paulo VI (O. A. 4) describe así el carácter de la doctrina social de la Iglesia:

² III CONFERENCIA GENERAL DEL EPISCOPADO LATINOAMERICANO: *La evangelización en el presente y en el futuro de América Latina*. Puebla, México, 1978. Preparación: *Documento de Consulta a las Conferencias Episcopales*, Bogotá, CELAM, dic. 1977, 214 págs.

³ III CONFERENCIA GENERAL DEL EPISCOPADO LATINOAMERICANO: *La evangelización en el presente y en el futuro de América Latina. Documento de trabajo*. Bogotá, CELAM, 1978. V + 115 + (59) páginas.

“Atenta a los signos de los tiempos, interpretados a la luz del Evangelio y del Magisterio de la Iglesia, toda la comunidad cristiana es llamada a hacerse responsable de las opciones concretas y de su efectiva actuación para responder a las interpelaciones que las cambiantes circunstancias le presentan. Esta enseñanza social tiene, pues, un carácter dinámico y en su elaboración y aplicación los laicos han de ser no pasivos ejecutores, sino activos colaboradores de los Pastores, a quienes aportan su experiencia cristiana, su competencia profesional y científica (G. S. 42)” (473).

El acontecer social decisivo depende del ejercicio del poder público, lo cual hace ineludible un pronunciamiento de la palabra profética frente a lo político, cosa a que estamos acostumbrados desde el Antiguo Testamento. La Conferencia de Puebla prefiere fundar en Jesucristo este modo de intervención moral de la Iglesia en política:

“La necesidad de la presencia de la Iglesia en lo político proviene de lo más íntimo de la fe cristiana: del señorío de Cristo que se extiende a toda la vida. Cristo sella la definitiva hermandad de toda la Humanidad; cada hombre vale tanto como otro: ‘Todos sois uno en Cristo Jesús’ (Gal 3, 28)”.

“Del mensaje integral de Cristo se derivan una antropología y teología originales que abarcan ‘la vida concreta, personal y social del hombre’ (E. N. 29). Es un mensaje que libera porque salva de la esclavitud del pecado, raíz y fuente de toda opresión, injusticia y discriminación.”

“Estas son algunas de las razones de la presencia de la Iglesia en el campo de lo político, para iluminar las conciencias y anunciar una palabra transformadora de la sociedad” (516-518).

De este carácter esencialmente profético de la palabra eclesial se desprende ahora con más claridad que en las conclusiones de Medellín, por qué la situación humana que se vive también forma parte del contenido de la catequesis. La luz vino del concepto de evangelización liberadora, que fundamentó Paulo VI en 1975⁴:

“Después del Concilio Vaticano II y de la Conferencia de Medellín, la Iglesia ha ido adquiriendo una conciencia cada vez más clara y más profunda de que la evangelización es su misión fundamental y de que no es posible su cumpli-

LO VI: *Exhortación apostólica “Evangelii nuntiandi” sobre la evangelización en el mundo contemporáneo*, 1975.

miento sin un esfuerzo permanente de conocimiento de la realidad y de adaptación dinámica, atractiva y convincente del Mensaje a los hombres de hoy" (85).

Una de las adquisiciones teológicas más notables de esta Conferencia de Puebla es el uso del concepto de ideología en la forma aceptada hoy en sociología del conocimiento⁵. Influyó en este progreso doctrinal el aporte de la Conferencia Episcopal del Ecuador⁶.

⁵ Ver Enrique GARCÍA AHUMADA, F. S. C.: *Palabra ideológica y palabra profética*, en "Mensaje", 241 (agosto 1975), 343-352, con bibliografía fundamental sobre el tema.

⁶ *Aporte de la Conferencia Episcopal de Ecuador a la III Conferencia General del Episcopado Latinoamericano*, pág. 631, en *Aportes de las Conferencias Episcopales. Libro Auxiliar 3*. Bogotá, Consejo Episcopal Latinoamericano, 1978, páginas 555-655.

La novedad consiste en mostrar que las interpretaciones interesadas que de la realidad tienen los diversos grupos sociales son legítimas o no según los intereses que sirven y según el respeto infunden a sus adherentes respecto de los otros grupos (535). El documento acepta que hay ideologías conservadoras y transformadoras (537), señalando que todo cristiano debe dejar cuestionar por el Evangelio su mentalidad y sus intereses (537-538).

El episcopado de América Latina llega a afirmar que la enseñanza social de la Iglesia "se deja interpelar y enriquecer por las ideologías en lo que tienen de positivo y, a su vez, las interpela, relativiza y critica" (539). Esto es nuevo, incluso respecto de la cátedra "Octogésima Adveniens", de 1971, donde las ideologías sólo aparecían en su aspecto negativo de mentalidades distorsionadoras de la realidad, de fuerzas sociales que se erigen en explicaciones absolutas, aunque sin verdadero fundamento (O. A. 26-37). En Puebla no se desconocieron ingenuamente estos aspectos:

"La originalidad siempre nueva del mensaje evangélico debe ser permanentemente clarificada y defendida frente a los intentos de ideologización" (540).

Conviene retener una intervención excepcionalmente aplaudida del monseñor Germán Schmitz, obispo auxiliar de Lima, quien llegó a decir: "El que en esta sala esté libre de ideología, que lance la primera piedra." Las conclusiones al respecto fueron claras y orientadoras:

"Las ideologías y los partidos, al proponer una visión abietizada del hombre a la que someten todo, incluso el mismo pensamiento humano, tratan de utilizar a la Iglesia o quitarle su legítima independencia. Esta instrumentalización que es siempre un riesgo en la vida política, puede proveer de los propios cristianos y aun de sacerdotes y religiosos cuando anuncian un Evangelio sin incidencias económicas, sociales, culturales y políticas. En la práctica, esta mutilación

equivale a cierta colusión —aunque inconsciente— con el orden establecido.”

“La tentación de otros grupos, por el contrario, es considerar una política determinada como la primera urgencia, como una condición previa para que la Iglesia pueda cumplir su misión. Es identificar el mensaje cristiano con una ideología y someterlo a ella, invitando a una ‘relectura’ del Evangelio a partir de una opción política (Cfr. Juan Pablo II, Discurso inaugural I, 4). Ahora bien, es preciso leer lo político a partir del Evangelio y no al contrario.”

“El integrismo tradicional espera el Reino, ante todo, del retroceso de la historia hacia la reconstrucción de una cristiandad en el sentido medieval: alianza estrecha entre el poder civil y el poder eclesiástico.”

“La radicalización de grupos opuestos cae en la misma trampa, esperando el Reino de una alianza estratégica de la Iglesia con el marxismo, excluyendo cualquier otra alternativa. No se trata para ellos solamente de ser marxista (véase números 543-546), sino de ser marxista en nombre de la Fe” (558-561).

Otra importante novedad teológica está en las precisiones introducidas en Puebla al concepto de situación de pecado, por oposición a un moralismo estrecho que reduce el pecado a una cuestión individual⁷, desconociendo la riqueza dogmática que principalmente San Pablo desenvuelve en su visión de la solidaridad en el mal y en la salvación:

“Existe un misterio de pecado, cuando la persona humana, llamada a dominar el mundo, impregna los mecanismos de la sociedad de valores materialistas (Cfr. Juan Pablo II, Homilía Santo Domingo 3)” (70; ver también el párrafo 452, ya citado).

El culpable de las situaciones sociales de pecado es siempre una o más personas individuales; pero hay otros responsables que cooperan con menos conciencia en su gestación y mantenimiento. Estos sólo se hacen moralmente cómplices si descubren ser agentes sin oponerse al mal en el que cooperan grupos que pueden ser muy amplios:

“A la actitud personal del pecado, a la ruptura con Dios que envilece al hombre, corresponde siempre en el plano

este tema el aporte o más rico fue también el del episcopado latinoamericano, que presentaba a Jesucristo como salvador del pecado, en una exposición de gran fuerza bíblica y de una riqueza catequística singular. Ver l. c., págs. 607-627. También fue notable el aporte de la Conferencia Episcopal Latinoamericana, en o. c., págs. 1073-1258, en especial los párrafos 281, 373-376, 467, 578, 583.

⁸ Ver Enrique García AHUMADA, F. S. C.: *Sobre la catequesis en el sur de América*, en SINITE, 52 (1976), 595-600.

⁹ CNBB - REGIONAL SUR I, *No oprimas a tu hermano*, 30-10-1975, en: José MARINS y equipo: *Praxis de los Padres de América Latina*. Bogotá, Paulinas, 1978, págs. 667-669. *Carta de los obispos de Chile a los religiosos(as) y sacerdotes extranjeros que trabajan en el país*, 30-12-1975, en MARINS, o. c., páginas 670-673. CONFERENCIA EPISCOPAL DE BOLIVIA: *Paz y fraternidad*, noviembre 1976, en MARINS, o. c., págs. 697-714. CNBB, COMISIÓN REPRESENTATIVA: *Comunicación pastoral al pueblo de Dios*, 25-10-1976, en MARINS, o. c., págs. 714-728. CONFERENCIA EPISCOPAL DEL PARAGUAY: *Entre las persecuciones del mundo y los consuelos de Dios*, 12-6-1976, en MARINS, o. c., páginas 833-845. CONFERENCIA EPISCOPAL DEL BRASIL: *Las exigencias cristianas en el orden político*, 17-2-1977, en MARINS, o. c., págs. 869-879. DECLARACIÓN DEL COMITÉ PERMANENTE DEL EPISCOPADO DE CHILE: *Sobre los hechos de Riobamba y Pudahuel*, 17-8-1977, en MARINS, o. c., págs. 909-912. CONFERENCIA EPISCOPAL DEL ECUADOR: *Justicia social*, agosto 1977, en MARINS, o. c., págs. 920-966. COMITÉ PERMANENTE DE LA CONFERENCIA EPISCOPAL DE CHILE: *Humanismo cristiano y nueva institucionalidad*, 4-10-1978, 103 págs.

¹⁰ En *Aportes de las Conferencias Episcopales*, o.

de las relaciones interpersonales la actitud de egoísmo, orgullo, de ambición y envidia que generan injusticia, minación, violencia a todos los niveles; lucha entre individuos, grupos, clases sociales y pueblos, así como corrupción, hedonismo, exacerbación del sexo y superficialidad en relaciones mutuas (Cfr. Gál 5, 19-21). Consiguientemente se establecen situaciones de pecado que, a nivel mundial esclavizan a tantos hombres y condicionan adversamente libertad de todos" (328).

La Conferencia de Puebla no vacila en relacionar esta teología con las situaciones de pecado con las ideologías materialistas que disputan el poder en América Latina. Para no alentar ni justificar una respuesta igualmente violenta, en vez de hablar de "violencia institucionalizada" como se hizo en Medellín, considera como formas de "injusticia institucionalizada" tanto al capitalismo libre como al colectivismo marxista (495), a las cuales agrega la ideología de la Seguridad Nacional en la forma como se está aplicando en muchos de nuestros países⁸:

"Menos conocida, pero actuante en la organización de pocos Gobiernos latinoamericanos, la visión que podrían llamar estatista del hombre tiene su base en la teoría de Seguridad Nacional. Pone al individuo al servicio ilimitado de la supuesta guerra total contra los conflictos culturales, sociales, políticos y económicos y, mediante ellos, contra la amenaza del comunismo. Frente a este peligro permanente real o posible, se limitan, como en toda situación de emergencia, las libertades individuales, y la voluntad del Estado se confunde con la voluntad de la nación. El desarrollo económico y el potencial bélico se superponen a las necesidades de las masas abandonadas. Aunque necesaria a toda organización política, la Seguridad Nacional vista bajo este ángulo se presenta como un absoluto sobre las personas; en nombre de ella se institucionaliza la inseguridad de los individuos" (314).

Esta teoría política que transforma el sentimiento patriótico en ideología nacionalista y que llega a atribuir cierto mesianismo infalible a las Fuerzas Armadas, es condenada derechamente en forma concreta por la Conferencia de Puebla. En los últimos años había sido analizada públicamente por varias conferencias episcopales⁹. La estudiaron expresamente en sus aportes a Puebla los episcopados de Brasil¹⁰, Chile¹¹, Ecuador¹², Argentina¹³, Paraguay¹⁴, Panamá¹⁵, El Salvador¹⁶, Guatemala¹⁷, Puerto Rico¹⁸ y Perú¹⁹.

págs. 9-37, párrafos
1, 52-53.

em., págs. 495-554,
fos 45-51.

em., págs. 555-655,
., 3.2 y 3.3; 2.ª P., II,

em., págs. 681-730,
6, letra g.

em., págs. 731-772,
43, letra b; p. 747,
a.

em., págs. 827-947,
fos 1-9, 34-35.

em., págs. 961-974,
ero 321.

em., págs. 975-985,
3.

em., págs. 1021-1052,
y núm. 789.

em., págs. 1075-1258,
fos 296-316.

equipo de redacto-
bajo la responsabi-
del actual presiden-
el CELAM, don Al-
López Trujillo,
ó la afirmación ini-
de este párrafo, que
forma aprobada por
samblea decía sim-
ente: "La doctrina
Seguridad Nacional
pone a una visión
ana del hombre..."
ha causado extrañe-
ra que el Cardenal
lo en la sesión de
ura aseguró que el
Padre no introdu-
cambios en las con-
nes que le fueran
ntadas, ya que des-
regreso a Roma se
tenía diariamen-

"En los últimos años se afianza en nuestro continente la llamada 'Doctrina de la Seguridad Nacional', que es de hecho más una ideología que una doctrina. Está vinculada a un determinado modelo económico-político, de características elitistas y verticalistas que suprime la participación amplia del pueblo en las decisiones políticas. Pretende incluso justificarse en ciertos países de América Latina como doctrina defensora de la civilización occidental cristiana. Desarrolla un sistema represivo, en concordancia con su concepto de 'guerra permanente'. En algunos casos expresa una clara intencionalidad de protagonismo geopolítico."

"Una convivencia fraterna, lo entendemos bien, necesita de un sistema de seguridad para imponer el respeto de un orden social justo que permita a todos cumplir su misión en relación al bien común. Este, por tanto, exige que las medidas de seguridad estén bajo control de un poder independiente, capaz de juzgar sobre las violaciones de la ley y de garantizar medidas que las corrijan."

"La Doctrina de la Seguridad Nacional entendida como ideología absoluta, no se armonizaría con una visión cristiana del hombre en cuanto responsable de la realización de un producto temporal, ni del Estado, en cuanto administrador del bien común. Impone, en efecto, la tutela del pueblo por élites de poder, militares y políticas, y conduce a una acentuada desigualdad de participación en los resultados del desarrollo" (547-549)²⁰.

El contenido de la catequesis no se renueva sólo por estas aclaraciones teológicas, ni tampoco por introducir un dinamismo activo en su proceso, sino por la permanente novedad de Jesucristo que va transformando la vida hasta sus últimas consecuencias:

"La Iglesia se muestra en pleno proceso de renovación de la vida parroquial y diocesana, mediante una catequesis nueva, no sólo en su metodología y en el uso de medios modernos, sino también en la presentación del contenido, orientado vigorosamente a introducir en la vida motivaciones evangélicas en busca del crecimiento en Cristo" (100).

El destinatario de la catequesis

No hay novedad en el documento de Puebla respecto del destinatario de la catequesis, que siempre será el creyente que de algún

te informado telefónicamente de la marcha de la reflexión y estaba de acuerdo con lo aprobado.

modo ya pertenece a la Iglesia y algo le pide. El tema de la III Conferencia General no era la catequesis, sino la evangelización. En esto, "Evangelii Nuntiandi" ayudó a dar un nuevo paso adelante.

La preocupación que confiere unidad al problema de la evangelización consiste en dirigirse no tanto a los individuos, sino a los pueblos, como dice el Evangelio (Mt 28, 19), o a las culturas, palabras de Paulo VI (E. N. 20).

La meditación sobre fe y cultura ocupa una porción considerable del documento, y aporta un punto de vista original, sobre todo por la manera dinámica de abordar el asunto. No se queda en el discurso contemplativo de las relaciones abstractas que pueden analizarse entre fe y ciencia, fe y arte, fe y técnica. La intención pastoral de nuestros obispos los lleva a entrar en el proceso litúrgico que se despliega en la historia, el cual exige una presencia del Evangelio incluso en los centros de decisión. En esto está la novedad.

Los obispos estipulan que debe haber tres grandes acentuaciones en la evangelización (342-345). Primero, la redención integral de las culturas, antiguas y nuevas, de nuestro continente (385-444) atendiendo en especial a la religiosidad de nuestros pueblos (444-469). Segundo, la promoción de la dignidad del hombre y la liberación de todas las servidumbres e idolatrías (470-506). Tercero, la necesidad de hacer penetrar el Evangelio hasta los centros de decisión, las fuentes inspiradoras y los modelos de vida (507-544).

En otras palabras, si se quiere avanzar en América Latina hacia una civilización del amor —en palabras de Paulo VI— es preciso evangelizar especialmente a los líderes, pequeños y grandes (1247-1249), civiles y militares (1247) que están forjando la sociedad y la cultura:

"La evangelización ha de calar hondo en el corazón del hombre y de los pueblos; por eso, su dinámica busca la conversión personal y la transformación social" (362).

Este afán por evangelizar las culturas previene contra las desviaciones alienantes (515) y contra la colonización cultural. En estos errores han incurrido ciertos catequistas que importan indiscriminadamente de otros países y continentes sus métodos y hasta materiales de apoyo, ajenos al principio de encarnación (400-464-469). Estos errores pastorales se cometen sin (y a veces con) intención de propaganda nacionalista. A ellos debería hacerles llegar la siguiente denuncia:

"A causa de influencias externas dominantes o de la imitación alienante de formas de vida y valores importados, las culturas tradicionales de nuestros países se han visto deformadas y agredidas, minándose así nuestra identidad y nuestros valores propios" (53).

El lenguaje de la catequesis

Poco es lo que en este capítulo se dijo en Puebla. En relación con el tema de la evangelización de las culturas hay una afirmación profunda e inspiradora:

"Que el catolicismo popular sea asumido, purificado, completado y dinamizado por el Evangelio. Esto implica en la práctica reanudar un diálogo pedagógico, a partir de los últimos eslabones que los evangelizadores de antaño dejaron en el corazón de nuestro pueblo. Para ello se requiere conocer los símbolos, el lenguaje silencioso, no verbal, del pueblo, con el fin de lograr, en un diálogo vital, comunicar la Buena Nueva mediante un proceso de reinformación catequética" (457).

Además de esta comunicación no verbal, que consiste antes que nada en un testimonio discreto y sin gestos aparatosos, nuestros pastores muestran ahora interés por la comunicación masiva y grupal (62, 128, 419, 1063-1095). El balance que hacen sobre este punto es franco y retador:

"Salvo contadas excepciones, no existe todavía en la Iglesia de América Latina una verdadera preocupación para formar al pueblo de Dios en la comunicación social; capacitarlo para tener una actitud crítica ante el bombardeo de los 'Mass Media' y para contrarrestar el impacto de sus mensajes alienantes, ideológicos, culturales y publicitarios. Situación que se agrava por el poco uso que se hace de los cursos organizados en esta área, escaso presupuesto asignado a los Medios de Comunicación Social en función evangelizadora y descuido de la atención que se debe a propietarios y técnicos de dichos medios" (1077).

Sin negar la necesidad de una presencia en los medios masivos, frecuentemente obstaculizada hoy por los poderes que se sienten amenazados por el tono profético que está recuperando la Iglesia, nuestros obispos proponen una opción estratégica:

"Urge intensificar el uso de los Medios de Comunicación Grupal (MCG) que, además de ser menos costosos y de fácil manejo, ofrecen la posibilidad del diálogo y son aptos para una evangelización de persona a persona suscite adhesión y compromiso verdaderamente personal (Cfr. E. N. 45, 46)" (1090).

En esta misma línea, al referirse a la evangelización de los constructores de la nueva sociedad en América Latina, entre los cuales se cuentan los obreros y campesinos, hay una norma importante para nuestra "cultura de la pobreza"²¹:

²¹ Ver Oscar LEWIS: *La cultura de la pobreza*. Barcelona, Anagrama, 1972. Ver también Guido JONQUIERES, S. J.: *¿Bienaventurados los pobres? Estudio socioteológico basado en "Los hijos de Sánchez"*, de Oscar Lewis. México, Jus, 1973.

"Saber valorar los medios pobres, humildes, populares incluso artesanales, para comunicar el Mensaje" (1235).

Sería una verdadera vuelta a la sencillez evangélica si se logran cumplir la siguiente decisión:

"La Iglesia, para una mayor eficacia en la transmisión del Mensaje, debe utilizar un lenguaje actualizado, concreto, claro y, a la vez, cuidadoso. Este lenguaje debe ser cercano a la realidad que afronta el pueblo, a su mentalidad y a sus necesidades, de modo que pueda ser fácilmente captado, para lo cual es necesario tener en cuenta los sistemas y recursos del lenguaje audio-visual propio del hombre de hoy" (1091).

La última frase de este párrafo se podría entender mal, si se consideran como audiovisuales sólo los productos sonoros e icónicos surgidos de la industria electrónica y química (grabaciones, fotografías, cine, videocassetes, etc.). El hombre de hoy no es sólo el hombre urbano que se rodea de instrumental automático, que muchas veces usa sin entender y principalmente para adormecerse en la diversión.

El lenguaje primero del hombre es su expresión corporal, al que luego agrega personalmente su palabra cotidiana y poética, su canto individual y coral, su música instrumental muchas veces improvisada y creativa, su expresión plástica y combinaciones más complejas como el teatro, la danza y el mimo lírico. Estos lenguajes requieren la presencia inmediata, a diferencia de los otros, generalmente transmitidos a distancia o simplemente repetitivos; y además la persona maneja como sujeto emisor y no como simple receptor, a diferencia de los que se llaman más modernos; estos lenguajes, digo, son audiovisuales y además están dotados de un carácter eminentemente liberador y profético. Establecen una comunicación cara a cara, directa y dialogal, permitiendo un descubrimiento del real sin interferencias.

La catequesis popular en América Latina puede ganar mucho en creatividad, en fuerza profética y liberadora, si asume con sentido evangelizador la poesía popular, la expresión gestual, el baile religioso, el coro hablado, la imagería artesanal, que logran un fácil contacto con el hombre sencillo de hoy. Una vez que la persona se adueña de un lenguaje en calidad de emisor que elabora lo que dice, es capaz de criticar las manipulaciones enmascaradas en los mensajes comercializados y politizados que recibe de la industria cultural.

Canales de la catequesis

Entre las estructuras o lugares aptos para la comunicación de la fe, la que en Puebla se considera más detenidamente es, sin duda, la familia. El balance de los diez últimos años muestra en América Latina la multiplicación de las "Iglesias domésticas" (94), y uno de los dos "lugares preferenciales de evangelización" que el documento señala es la familia. La renovación de la catequesis puede obtener mucho de las orientaciones de Puebla sobre pastoral familiar (567-616).

El otro "centro preferencial de evangelización" es la comunidad eclesial de base, considerado como núcleo básico de la Iglesia y como "punto de partida de la construcción de una nueva sociedad, la civilización del amor" (642). Es interesante la manera que tiene el documento de Puebla de presentar la Iglesia en el acto evangelizador, en forma de "centros de comunión y participación" cada vez más envolventes: familia, comunidad de base, parroquia, diócesis, conferencia episcopal, Iglesia universal (617-657). El juicio acerca de la C. E. B. en América Latina es francamente positivo:

"Las Comunidades Eclesiales de Base que en 1968 eran apenas una experiencia incipiente, han madurado y se han multiplicado, sobre todo en algunos países, de modo que ahora constituyen motivo de alegría y de esperanza para la Iglesia. En comunión con el obispo y como lo pedía Medellín, se han convertido en focos de evangelización y en motores de liberación y desarrollo" (96).

La preparación más prolongada de los sacramentos ha resultado también una buena estrategia para educar la fe del pueblo cristiano. Esto permite anudar mejor catequesis y liturgia, aunque la forma no sea siempre la mejor. Los catequistas tenemos la impresión de que se ha avanzado más en relacionar la catequesis con la vida que la liturgia con la vida. Las orientaciones de Puebla tienden a acortar estas distancias:

“Para los sacramentos, a pesar de resistencias encontrada al comienzo, la Iglesia ha obtenido ya el establecimiento y aceptación, tal vez con raras excepciones, de cursos catequéticos pre-sacramentales y, en la celebración misma, la proclamación de la Palabra, con lo cual la vida cristiana va ganando en iluminación y profundidad” (101; ver también 8903; 916-931; 938-951).

En este asunto, llama la atención el consenso ya logrado en América Latina, por lo menos entre los pastores más integrados a la flexión actual, para situar la Confirmación dentro de la pastoral juvenil (1202, dentro del capítulo: “Opción preferencial por los jóvenes”, 1166-1205).

La Conferencia de Puebla afirma que la religiosidad popular “ofrece un lugar privilegiado a la evangelización” (109). Tiene buen cuidado de no reducirla a las manifestaciones multitudinarias, ya que también se expresa en forma familiar (907), individual o comunitaria (912). Por eso, tampoco busca encuadrarla a la fuerza en la liturgia (932-434). Se reconoce que hay largo camino por delante para hacer que las devociones populares den lugar a una educación progresiva y sistemática de la fe:

“No se prive al pueblo de sus expresiones de piedad. En tanto que haya que cambiar procedase gradualmente y previa catequesis para llegar a algo mejor” (961).

También “la escuela es un lugar de evangelización y comunión” (112). A la educación escolar y extraescolar dedica el documento densos párrafos (1012-1062). El tema de la escuela es un canal de catequesis, y en su relación con la pastoral juvenil (11205), con la pastoral infantil y con toda la pastoral de conjunto merece otro estudio especial.

El producto esperado de la catequesis

Así como hay una línea teológica que inspira todas las orientaciones de Puebla en forma más o menos explícita, hay también en la III Conferencia General un modelo de catequesis que de una u otra manera se propone cada vez que se alude a la educación progresiva y sistemática de la fe. Es una catequesis profética, definida del siguiente modo:

“La catequesis debe iluminar con la palabra de Dios las situaciones humanas y los acontecimientos de la vida para hacer descubrir en ellos la presencia o ausencia de Dios” (997)

²² El texto aprobado en la asamblea agregaba al final de este párrafo: “(catequesis profética)”, lo cual va en favor de la tesis central del presente estudio.

Si no bastara todo lo ya expuesto en este artículo, como prueba de esta coherencia podemos elegir en el documento diversos textos bastante distantes unos de otros, como resultado de haber sido tratados por comisiones diferentes.

Una afirmación tajante nos recuerda, por ejemplo, que la catequesis debe proponerse formar laicos. Esta advertencia es oportuna, ya que los catequistas enfatizan mucho lo místico y cultural (lo cual es indispensable), pero sin llegar siempre a la síntesis entre fe y vida, entre un Cristo salvador del pecado y "señor del cosmos y de la historia" (R. H. 1). Dice el texto:

(La evangelización) "pondrá de relieve la importancia de los laicos, tanto cuando desempeñan ministerios en la Iglesia y para la Iglesia, como cuando, cumpliendo la misión que les es propia, son enviados como su vanguardia, en medio de la vida del mundo, para rehacer las estructuras sociales, económicas y políticas, de acuerdo con el plan de Dios" (154).

Otro texto se refiere, por ejemplo, a lo que deben ser las comunidades eclesiales de base:

"Los cristianos unidos en comunidad eclesial de base, fomentando su adhesión a Cristo, procuran una vida más evangélica en el seno del pueblo, colaboran para interpelar las raíces egoístas y consumistas de la sociedad y explicitan la vocación de comunión con Dios y con sus hermanos, ofreciendo un valioso punto de partida en la construcción de una nueva sociedad, 'la civilización del amor' " (642).

También el profetismo forma parte de la síntesis que define la pastoral juvenil:

"Queremos ofrecer una línea pastoral global: desarrollar, de acuerdo con la pastoral diferencial y orgánica, una pastoral de juventud que tenga en cuenta la realidad social de los jóvenes de nuestro continente; atienda a la profundización y al crecimiento de la fe para la comunión con Dios y con los hombres; oriente la opción vocacional de los jóvenes; les brinde elementos para convertirse en factores de cambio y les ofrezca canales eficaces para la participación activa en la Iglesia y en la transformación de la sociedad" (1187).

Entre las exigencias pastorales frente a la piedad popular se cuenta:

"Buscar las reformulaciones y reacentuaciones necesarias de la religiosidad popular en el horizonte de una civilización ur-

bano-industrial. En esa perspectiva deberá procurarse que se desarrolle una personalización creciente y una solidaridad liberadora” (466).

Al dar una iluminación mariológica a la opción de preferencia los pobres, se dice:

“El ‘Magnificat’ es espejo del alma de María. En ese poema logra su culminación la espiritualidad de los pobres de Yahvé y el profetismo de la Antigua Alianza. Es el cántico que anticipa el nuevo Evangelio de Cristo; es el prelude del Sermon de la Montaña. Allí María se nos manifiesta vacía de sí misma y poniendo toda su confianza en la misericordia del Padre. En el ‘Magnificat’ se manifiesta como modelo ‘para quienes no aceptan pasivamente las circunstancias adversas de la vida personal y social’, ni son víctimas de la ‘alienación’, como hoy se dice, sino que proclaman con ella que Dios es ‘verdadero Dios de los humildes’ y si es del caso ‘depone del trono a los soberbios’ (Juan Pablo II, Zapopan, 4)” (297) ²³.

²³ He restaurado el texto aprobado en la asamblea, inexplicablemente retocado por la redacción final en la propia cita de Juan Pablo II, que a su vez utiliza la misma interpretación vigorosa de Paulo VI en *Mariæ cultus*, 37, que aportó precisamente una renovación a la mariología oficial. El texto de Juan Pablo II en Zapopan fue leído y publicado en castellano.

Lo que el profeta puede esperar de una aceptación de su palabra que es de Dios, es una conversión al amor de Dios, al amor individual y al más amplio amor social (R. H. 15). Este es el propósito esperado de la catequesis, según se ve constantemente en las metas propuestas en Puebla.

El tono profético de todo el documento de Puebla es profundamente liberador. Denunciar no es condenar, y hablar de parte de Dios es lo mismo que usar una autoridad opresiva. Acerca de esto, nuestros obispos hacen expresa profesión de fe:

“La Iglesia confía más en la fuerza de la verdad y en la opción por la libertad y la responsabilidad que en prohibiciones, pues su ley es el amor” (149).

NOVEDADES EDITORIALES DE EDICIONES S. P. X.

- **Encuentros interscout, 76.** Palencia, 24-26 de septiembre, 68 págs.
- **Escultismo: organización juvenil educativa,**
por Ricardo CUADRADO TAPIA y Fco. AGUILERA PALLARES, 51 págs.
- **NUESTRA FIESTA de Primera Comunión,**
por Josefina ALVAREZ ESPEJO, 169 págs.
- **25 encuentros de convivencia juvenil,**
por Ricardo CUADRADO TAPIA y Serafín MARTIN GUTIERREZ, 226 páginas.
- **Los educadores de la fe en el momento actual,** Ponencias de las IX Jornadas de Pastoral Educativa, Instituto S. Pío X, Madrid, 1978, XX, 82 páginas.
- En coedición con P. P. C.: **Teología pastoral de la palabra de Dios,**
por José Juan RODRIGUEZ MEDINA, 341 págs.
- **Catequesis parroquiales,**
por Matías SALAZAR.
- **Eucaristías para chicos,**
por Matías SALAZAR y Aingeru CASTAÑOS.
- **Seguir a Jesús.** 16 celebraciones vocacionales,
por Aingeru CASTAÑOS.

Dirija sus pedidos a: Ediciones S. Pío X.
Avda. Cardenal Herrera Oria, 242.
Madrid-35.